SERMON

PREDICADO EN EL ACTO SOLEMNE

DE

LA PRIMER MISA CANTADA

DEL

BACHILLER D. FRANCISCO DE ASIS VERA,

DEL HÁBITO DE SANTIAGO,
COMENDADOR DE NÚMERO DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA,
Y ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE LA HISTORIA,

POR EL

LCDO. D. PABLO MEDINA Y GUERRERO

CAPELLAN PARROCO DEL HOSPITAL MILITAR,

Y

DISCURSO LEIDO DESPUES DE DICHO ACTO

POR EL

EXCMO. SR. D. ADOLFO DE CASTRO.

CADIZ

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JOSÉ MARÍA GÁLVEZ.
TENERIA Y SACRAMENTO, 42.
1878.

El Emmo. Sr. Cardenal Benavides, Patriarca de las Indias, se dignó apadrinar al jóven presbítero D. Francisco de Asis Vera, Sacristan Mayor de la Iglesia Parroquial Castrense de Cádiz, en el acto solemne de su primer misa cantada, nombrando para representarlo en dicho acto al Excelentísimo Sr. D. Adolfo de Castro y disponiendo que tuviese lugar el domingo 15 de Setiembre, dia en que la Iglesia celebra el Dulce Nombre de María Santísima.

A las once en punto de la mañana entró en el templo el representante de Su Eminencia, acompañado del Misacantano y del Sr. Marqués de Casa-Rávago, Presidente del Consejo Provincial de Caballeros Hospitalarios de Cádiz, entre los cuales se cuenta el Sr. Vera. Recibido con el ceremonial correspondiente, á poco empezó el acto. Asistieron en el templo y en lugar preferente para los convidados, que concurrieron de ceremonia, el Excmo. Sr. Vice-Almirante de la Armada D. Juan de Dios Ramos Izquierdo, el Sr. Marques de Casa-Rávago, un Sr. Ayudante del Excmo. Sr. Gobernador Militar y en su representacion, el Sr. Coronel retirado y teniente 2.° de Alcalde de esta Ciudad D. Ignacio Sequeira y Caro, el Sr. Alameda, Coronel del tercer Regimiento de Ingenieros, el Sr. D. Manuel Capdevila, Subinspector de Sanidad militar, el Sr. D. Cárlos Torrecilla y D. José Jerez y Cremades, Médicos Mayores, el Sr. D. Estéban Aragon y Dominguez, Vice-Presidente del Consejo de Caballeros Hospitalarios, el Sr. D. Eduardo Gautier Vice-Secretario del mismo y Teniente de Alguacil Mayor de la Jurisdicion Castrense, varios Sres. Oficiales de artillería, ingenieros é in-

fantería de marina, los Sres. D. Francisco de Mier y Teran y D. José Gutierrez, Consejeros del Banco de España, los Sres. D. Francisco Perez Stella y D. José Rodrigo Gomez, propietarios, varias personas distinguidas de las ciudades comarcanas entre ellas el Sr. Dr. D. F. Pedro Muñoz, del Puerto de Santa María, todo el clero castrense y otros sugetos notables de la ciudad que no podemos recordar, pues la Iglesia estaba completamente llena de un religioso pueblo, concurriendo tambien algunos señores eclesiásticos de la jurisdicion diocesana.

Con el Sr. Vera aparecieron como padrinos de capa los Sres. D. José M.ª Picó, Cura párroco castrense y el Sr. Licenciado D. Pablo Medina y Guerrero, segundo capellan del Hospital militar.

Una numerosa orquesta y escogido cuerpo de cantores acompañó la misa y la banda de Ingenieros, bajo la acertada direccion del acreditado profesor D. Eduardo Juarranz tocó el Ave María de Gounod y otras piezas notables.

El Sr. D. Pablo Medina pronunció el siguiente sermon que fué oido con religioso respeto, conmoviendo más de una vez al auditorio con su tierna elocuencia.

Euntes ergo, docete omnes gentes.
Id y enseñad á todas las naciones.
MAT. cap. últ. v. 19.

EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES:

Una de las festividades de la Santísima Vírgen que mueven más delicadamente los resortes del corazon cristiano, es sin duda alguna la que nuestra Santa Madre la Iglesia celebra en este dia. En ella se nos recuerda aquel incomparable consejo de familia que, segun era costumbre entre los Israelitas, reuniera el glorioso San Joaquin para dar á conocer el nombre que había de llevar la que era nacida para ser Madre de Dios y Madre nuestra; nombre dulcísimo, que le fué revelado por medio del Arcángel San Gabriel, y que apareció con caractéres brillantísimos, como sagrados historiadores aseguran, en aquel acto solemne.

Este nombre era el de Miriam ó María, que en lenguaje hebreo significa *Estrella del mar;* porque ella era la estrella, dice San Bernardo, que había de brillar y resplandecer eternamente para guiar al hombre en el mar tempestuoso de la vida.

No os diré, señores, que este dulcísimo nombre es el bálsamo milagroso que cicatriza las más profundas heridas del corazon; ni que es el precioso talisman á cuya mágica influencia han brotado en la imaginacion de los sabios y de los artistas las más sublimes concepciones; ni os diré tampoco que á su sola invocacion se han acometido, y llevado á feliz término, las empresas más gloriosas que registran los anales de la historia; que es la fortaleza de los débiles, la alegría de los tristes, la esperanza de los que padecen, el dulce consuelo, en fin, de toda la humanidad; no, no es este hoy mi propósito. Ni es tampoco mi objeto llamar vuestra ilustrada atencion sobre el hecho, verdaderamente anó-

malo, que se nota en este siglo, siglo de incredulidad é indiferencia, de mostrar una tendencia marcada, segurísima, á honrar á la Santísima Vírgen como no se la ha honrado en los siglos anteriores; y no por los católicos, lo cual seguramente nada ofrecería de extraño, sino que en la actualidad, la veneran, y la bendicen, y pronuncian su nombre preciosísimo con religioso entusiasmo, hasta los mismos que se precian de no pensar y sentir como pensamos y sentimos los fieles hijos de la universal Iglesia.

Otro es el motivo que me hace ocupar hoy esta Santa Cátedra. Un nuevo sacerdote se acerca á ofrecer por vez primera al Eterno Padre el Sacrificio de nuestra Redencion; y nada más oportuno que hablaros de la dignidad y excelencia del sacerdocio, aprovechando la ocasion para desvanecer el mal concepto que se tiene formado por algunos del sacerdote católico.

¿Qué es el sacerdote? ¿Es un forjador de moral, un oficial de moral, como decían los filósofos del pasado siglo? Pero fuera de los ministros del Crucificado, por más que, como hombres, esten sugetos á las mismas debilidades y flaquezas que todos los demás hombres ¿donde está la moral del sacerdote? ¿Acaso entre los de la India? ¿Tal vez entre los de Grecia y de Roma antiguas?.. ¿Qué es el sacerdote? ¿Un filósofo? Pero *la filosofía* combate y aborrece al sacerdote. ¿Es un empleado ó un funcionario público que sólo se diferencia por su clase de todos los demás? Ah, señores! yo os aseguro que si todos los Príncipes y todos los Gobiernos de Europa, y del mundo todo, se pusieran de acuerdo para por sí formar un sacerdote, sólo conseguirían formar un ente ridículo y despreciable. Y al efecto, cierto día, en tiempo de la Revolucion francesa, uno de los jefes del Gobierno, se presentó en el templo con una túnica blanca, ceñida con un cinturon azul, llevando en la mano un jarron de flores, que ofreció al Sér Supremo, fundador y conservador de la República. Nada en verdad tenía este acto que no fuera sencillo y razonable. ¿Por qué un magistrado con vestiduras solemnes no había de ofrecer á Dios una de las cosas más puras y más amables de la creacion, un ramillete de flores? Sin embargo, vióse confundido y

hecho objeto del ludibrio general; y es que había ejercido un acto de sacerdote sin haber recibido la transfiguracion sacerdotal ni ser elevado á la incomparable figura del sacerdote. (*) El sacerdote, pues, no existe ni por la moral, ni por la filosofía, ni por el estado, ni por el mundo. El sacerdote, por más que esté sugeto, repito, á las mismas debilidades y flaquezas que los demás hombres, se diferencia de estos, en que es el ungido de la tradicion; el destinado por el mismo Dios para ofrecer en sacrificio al Cordero sin mancilla; el elegido para repetir todos los dias por este medio la reconciliacion del cielo con la tierra; el único llamado, en fin, para anunciar al mundo las verdades eternas y para cumplir fielmente el testamento de Jesucristo de enseñar á todas las naciones. *Ite, docete omnes gentes.*

¿Ha cumplido el sacerdote católico esta mision que le confiara su Maestro cerca de la Humanidad? Este es el tema que he elegido para mi discurso; y aunque la materia es por demás difícil y mis fuerzas demasiado escasas, procuraré desarrollarlo, por más que sucintamente, si cuento con vuestra benevolencia y me ayudais á implorar los auxilios de la gracia por la poderosísima intercesion de María Santísima, á la cual, para más obligarla, saludaremos con Gabriel.

Ave María.

Con el Evangelio, ha dicho Ozanam, comienza verdaderamente la doctrina del progreso. Y no era necesario que lo dijera este gran filósofo, puesto que todo el que tenga ojos para ver y juicio para juzgar, puede convencerse, con sólo dirigir una mirada retrospectiva sobre los diez y nueve siglos de la Iglesia, de la verdad de este aserto.

El mundo yacía sumido en las tinieblas de la más espantosa ignorancia; y Roma, que al atar á la ilustrada Grecia al carro de su triunfo, había aceptado las leyes, la filosofía y hasta las costumbres de su bella esclava, encuentra una ansiedad, un vacio, que en vano quiere llenar con los laureles de sus mil y mil victorias, ni con el poder y las

(*) Lacordaire.

riquezas que se acumulaban en el Capitolio.

Entretanto, allá en Jerusalen, sobre la cumbre de una fúnebre colina, era sacrificado un oscuro Galileo, que había pasado toda su vida entre los pobres y entre los humildes; un oscuro Galileo, que acababa de predicar una doctrina nueva; una doctrina mejor que la cual jamas se había dejado escuchar otra en el mundo; una doctrina de paz, de caridad y de amor; una doctrina que revelaba ser la piedrecita del Profeta que rodando, rodando, desde la cumbre de la montaña hasta la llanura, había de tirar por tierra y reducir á polvo la colosal estátua del paganismo y de la tiranía.

En una humilde estancia de la casa de un Centurion, precisamente en la misma en que pocos días ántes había tenido lugar la escena más estupenda que han presenciado los cielos, en el Cenáculo, hallábanse reunidos unos cuantos hombres, en cuyos rostros, tostados por la intemperie, se notaba la expresion del honrado hijo del pueblo, en cuyos trajes, ya viejos y estropeados, se traslucía la pobreza, y en cuyas manos, vellosas y encallecidas, se dejaba conocer al jornalero y al humilde pescador. Eran los Apóstoles; eran los primeros sacerdotes del catolicismo, que presididos por una mujer, triste como la estátua del dolor, pero más hermosa que una mañana de primavera y más amable que la sonrisa de los serafines, acababan de recibir la divina señal y de formar su *credo* para estenderse por todos los confines de la tierra y cumplir la mision augusta que les confiara su Maestro de enseñar á todas las naciones. *Ite, docete omnes gentes.*

Muy pocos soles habían brillado sobre el horizonte despues que tuvo lugar este suceso, y ya desde la India hasta la Iberia, y desde la Escitia á la Etiopía, y en la misma Roma, bajo el dorado techo que cobija al César, ha resonado la voz de trueno de los primeros sacerdotes, y á su eco omnipotente los sabios han dudado de su ciencia, y los grandes han comprendido la vanidad de su poder, y los ricos han presumido la inutilidad de sus tesoros, y los esclavos han visto romperse como vidrio sus cadenas, y todo el mundo, en fin, ha pronunciado por vez primera una pala-

bra, la más suave, la más dulce, la más consoladora del lenguaje humano: la palabra *fraternidad*.

En vano se levantarán en contra de estas huestes los Príncipes y las potestades de la tierra; en vano serán arrojados al circo para ser despedazados por las fieras; en vano les harán servir de luminarias, quemándoles vivos, en los jardines del César; en vano ensayarán en ellos todos los tormentos que la crueldad de los verdugos ha podido inventar; la sangre de los cristianos es preciosa semilla que multiplica hasta el infinito las flores que han de difundir por todo el universo el celestial aroma de la verdad y del amor. Por eso Tertuliano, «somos de ayer, les decía, y ya ocupamos todos vuestros dominios: desde las ciudades más populosas hasta los pueblos donde no llegan las órdenes del César. El Palacio, el Senado, el Foro... En todas partes os vencemos sólo con las armas de la doctrina y de la caridad.»

El Imperio Romano tocaba á su perigeo. Dividido en su poder, debilitado por la corrupcion de sus costumbres, sumido en el hediondo lodazal de los vicios más repugnantes y asquerosos, y sin un brazo bastante robusto que pudiera levantarle de la postracion en que se hallaba, no solamente podía considerar ya rubricado el libro de sus conquistas, sino que sus soldados, hasta entónces siempre victoriosos, huirían cobardemente ante el primer enemigo.

Y así sucedió en efecto: de los extensos é inesplorados bosques de la Germania, se desbordan multitud de pueblos bárbaros ó semi-salvajes, que con la tea incendiaria en la siniestra mano y con el hacha homicida en la derecha, llevan por todo el Occidente la desolacion más espantosa. El hundimiento no pudo ser más profundo: en él parecía que iba á quedar sepultado para siempre el progreso que hasta entónces alcanzara el mundo; pero ¡no temais! sobre la inmensa pirámide que levantan los escombros y las ruinas, y entre la corona de nubes que forman las densas espirales de humo, se divisa un amoroso anciano, recostado en una cruz, con los ojos elevados al cielo, con las manos estendidas en aptitud de bendecir á todo el mundo: un amoroso anciano, que con sólo la virtud de su santidad y su

palabra, atajará los pasos del feroz Atila y conservará para las generaciones venideras los monumentos de la antigua civilizacion.

El sacerdote católico sigue á estos pueblos en sus conquistas para hacerles oir y comprender la doctrina del Crucificado; y al poco tiempo, logra, en efecto, sustituir las águilas altaneras de sus cascos y de sus coronas con el signo amoroso de nuestra redencion.

Despues de esta época, tres grandes revoluciones han conmovido á la humanidad: el mahometismo, el protestantismo, y el racionalismo. Sus doctrinas han llegado á disputar el dominio á la doctrina católica. Veamos, pues, en qué se fundan.

Mahoma, hombre de gran corazon y de esclarecido ingenio, instruido en las creencias de los cristianos, de los judios y de los paganos, y profundo conocedor del corazon humano, concibió el gigantesco pensamiento de fundar una religion, de la que él fuese cabeza. Para conseguirlo necesitaba pronunciar el *fiat* de su creacion, y Mahoma le pronunció en efecto. Pero en lugar de decir: id y enseñad á todas las gentes, dijo á sus secuaces: id y subyugad á todas las naciones. Llama no á la palabra sino á la cimitarra. ¿Sabeis por qué? Porque su doctrina es la doctrina del hombre, es la doctrina del génio. Por eso tuvo necesidad de unir el éxito de su doctriua al destino de una guerra inmensa, y encargó á sus sectários que grabasen el koran en el corazon de la humanidad. Por eso desde entónces, continúa el autor que voy siguiendo, todos sus secuaces vienen presentando con la una mano este código y con la otra la muerte, para que los que cometan la bajeza ó la cobardía de obedecerle, merezcan en vez de alabanza el desprecio más profundo.

Esta fué, mis amados, la obra de Mahoma; así propagó su doctrina; así imitó la gran palabra: id y enseñad á todas las naciones. ¡Qué diferencia entre esta doctrina y la que enseñó Jesucristo y predicaron despues sus sacerdotes! (*)

En el largo y nebuloso período de la *Edad Media*, en que

(*) V. al P. Felix y al P. Locordaire.—Conferencias pronunciadas en Nuestra Señora de Paris.

el estandarte de la media luna amenazó pasearse victorioso por toda la Europa, y en el que la necesidad de una guerra sin tregua, dejó sumidas las ciencias, las artes y las letras en un tenebroso olvido, el sacerdote católico es el único que se encarga de conservar el fuego sagrado de los conocimientos humanos y de transmitirlos, notablemente mejorados, á las generaciones venideras.

Sin que nombremos á los maestros de la Escuela Isidoriana que se apoderaron en el siglo IX de los restos de la literatura visigoda; ni á los de la Escuela de Cataluña, que sacaron en el siglo X discípulos como el famoso Gerberto, que llegó á ocupar el solio pontificio con el nombre de Silvestre II, recordaremos, del siglo XII, á San Pedro, Obispo de Osma, Arcediano de Toledo, y á San Julian, Obispo de Cuenca, á cuyo celo y laboriosidad no deben poco los adelantos modernos.

En esta época fué, señores, cuando los gobernadores de los castillos ganados á los moros en la célebre batalla de Clavijo, y otros insignes caballeros que ostentaban en sus pechos la cruz roja que vieran llevaba el Apóstol Santiago, al aparecerse al frente de las huestes del Rey Don Ramiro en aquella jornada memorable, considerando que no podían vivir bien arreglados sin sacerdotes que cuidasen de la instruccion de su espíritu, se unieron á los canónigos del monasterio de Loyo, dejando así organizada la primera de las órdenes militares españolas, que fué confirmada, primero por Alejandro III, y luego por Lucio III, Urbano VIII é Inocencio III. (*)

No me detendré á señalaros las glorias conquistadas por el sacerdote católico en los siglos XIII, XIV y XV. Baste deciros que el primero de estos es conocido por antonomasia, por el *siglo de Santo Tomás*, que en el segundo brillaron en nuestra España, como sabios y como oradores, Juan de Aragon y Eimerico, y que en el tercero, Jacobo de Valencia, Alfonso Tostado, Juan Torquemada y otros muchos, dieron gran impulso al progreso científico y literario que se venía notando hacía algun tiempo, y que solamente había

(*) El Misacantano pertenece al número de los Caballeros de Santiago.

de paralizarse por la presencia de la terrible plaga del protestantismo.

Y en efecto, mis amados, el protestantismo, nacido de la liviandad y del orgullo, no podía producir sino elementos contrarios á la marcha progresiva de la inteligencia. Con su falso principio del libre exámen introduce en las creencias la division y la anarquía; con su hipocresía de libertad encubre la más cruel intolerancia; con sus perniciosas máximas corrompe y envilece las costumbres. Por eso ha tenido mucha razon Carlos de Villers al escribir «que es una verdad el decir que la reforma ha hecho retroceder las luces y la cultura de las ciencias.»

La reforma, despreciando la autoridad y la unidad, repudia la condicion de la verdad; abandonando la tradicion, deja perdida la riqueza de la civilizacion acumulada por las generaciones que la precedieron. Su primer grito y sus primeros actos fué un grito horrible y fueron actos de verdadero vandalismo. La devastacion de los templos, la proscripcion de las pompas religiosas y con ellas de la elocuencia, de la pintura, de la música, de la escultura, de la arquitectura. ¿Dónde están, preguntaré con Balmes y con Augusto Nicolás á quienes voy siguiendo literalmente en este punto, dónde están sus Bossuet y Feneloues? ¿Dónde sus Rafaeles y Murillos? ¿Dónde sus Correggios y Ticianos? ¿Dónde?.. ¡Qué más! Si algunos grandes genios han sido protestantes, gracias al azar del nacimiento, el protestantismo nada ha influido sobre ellos ni sobre sus obras; al contrario, han brillado tratando asuntos católicos. Nada debe ni el arte ni la ciencia al protestantismo; al aparecer este, todo cuanto hay de grande y sublime en aquellas había visto la luz; las caudalosas fuentes de la civilizacion católica estaban abiertas y manaban en hermosos torrentes: «Por la pretendida reforma se vió transformado el mundo en un cementerio inmenso, sepulcro de dos generaciones; las ciudades reducidas á cenizas; las escuelas desiertas; los campos abandonados; las manufacturas incendiadas.» Tal es el cuadro que describe de los paises protestantes el mismo Carlos de Villers.

Si las luces no deben nada al protestantismo, la libertad

verdadera le debe mucho ménos. Enrique VIII, Cristiano II, Gustavo Wasa y Alberto de Prusia son los tipos de la más caprichosa crueldad y atroz intolerancia. Lutero y Melancton autorizaron el asesinato de los tiranos. Beza defiende la pena de muerte aplicada á los herejes. El sacerdote católico ha predicado siempre la máxima de San Agustin: «Diligite homines et interficite errores; amad á los hombres y combatid los errores.» (*)

Oscurecida la nitidísima faz de la idea católica por las densísimas tinieblas de estos errores, que nublaron el cielo de la inteligencia, un nuevo peligro amenazó á la humanidad: la sombra aterradora y horrenda del panteismo se levantó sobre las ruinas del protestantismo.

No quiero que sigamos á esta idea en su paso por los siglos XVII y XVIII, porque os estoy ya molestando demasiado; así que únicamente me detendré un momento á examinarla en el actual.

Existe, mis amados, al otro lado del Rhin, una nacion, que es en concepto de muchos, el sol esplendoroso de la ciencia que difunde sus preciosos rayos por toda la Europa. Pero yo, francamente, no veo la razon porque se hayan tributado tantos elogios á la filosofía alemana; pues ni los mismos filósofos alemanes, con tanto como se glorian de su ciencia, estuvieron nunca satisfechos de su utilidad y de su efecto. Uno de aquellos, que goza de gran nombre entre los suyos, nos regala graciosamente esta oportuna confesion: «Es bastante conocido que estoy poco contento y hasta poco conforme con la filosofía que predico.»

Y no os admireis, señores, de esta franca confesion del filósofo de Berlin, porque la encontrareis, estoy seguro, muy justificada, á poco que hojeeis los libros de los filósofos alemanes. ¿Qué se encuentra, pues, en estos libros, que favorezca á las ciencias? ¿Qué se encuentra que favorezca á la moral? ¿Qué utilidad y qué progreso ha reportado el mundo con las elucubraciones de estos filósofos?

(*) Al preparar los trabajos para este discurso, estaba yo muy ageno de que hubiera de ser dado á la estampa; por cuya razon, ni me cuidé de ordenar los apuntes que saqué al efecto, ni de señalar los puntos que sin entrecomar presento de los autores que cito.

Un tecnicismo oscuro, insólito, enigmático, por el que la inteligencia ménos clara descubre sin trabajo alguno la horrenda anarquía introducida en todas las ciencias por la filosofía alemana.

No es de este momento, señores, el presentaros las diferentes fases que ha tomado la filosofía en estos últimos tiempos, ni tampoco el aducir las pruebas con que pudiera confirmar la exactitud de mis afirmaciones, por lo que habré ya de concluir ofreciendo á vuestra admiracion estas palabras de Hegel: «La idea se perdió en todos los pueblos de Europa: únicamente existe en Alemania. Nosotros, pues, los alemanes hemos recibido de la Naturaleza el cargo de custodiar el fuego sagrado de los conocimientos humanos; á la manera que antiguamente fué encargada á los Eumólpides la conservacion de los misterios de Eleusis.» ¿Quién al oir esto, señores, no desea exclamar con el poeta: *¿Tantæne animis cœlestibus iræ?*

Por fortuna, en todas las Academias de Alemania, como en todas las de los demás paises, se deja ver el humildísimo traje del sacerdote católico; que no ha de faltar nunca al ménos uno que confiese y defienda la verdad donde fuere necesario, y se ha de cumplir siempre el precepto que les impusiera Jesucristo de enseñar á todas las naciones: *Ite, docete omnes gentes.*

El imperio romano se hizo cristiano por el sacerdote católico; por el sacerdote católico abrazaron tambien los bárbaros la doctrina del crucificado; los árabes sucumbieron ante la mágica influencia de nuestra doctrina; y cuando se abrió un nuevo mundo á Vasco de Gama y á Cristóbal Colon ¿quién sino el sacerdote católico llevó á aquellos paises la luz de la civilizacion? ¿Quién hizo resonar las palabras de Jesucristo desde los lagos del Canadá á las riberas del Paraguay, es decir, en toda América? El habitó en las florestas, en las orillas de los rios, en las concavidades de las rocas; él sedujo al iroqués y al caribe; él amó y fué amado por mil razas perdidas en estos vastos continentes. Y aun hoy dia, en la Occeanía, en ese mundo esparcido en el mar, los sacerdotes católicos son los que predican la doctrina de la verdadera civilizacion. Por defender su causa,

cada dia son encarcelados, atormentados, despedazados; mueren de calor, de hambre, de sed, de olvido; pero inalterables, contentos, satisfechos, porque han sido escogidos para cumplir el testamento de Jesucristo: Id y enseñad á todas las gentes: *Ite, docete omnes gentes.*

He concluido, señores. Pero ántes de bajarme de este sitio, permitidme que dirija dos palabras al nuevo sacerdote; permitidme que le dirija mi cordial saludo: el saludo del compañero, del amigo, del hermano.

Sí, nuevo sacerdote, en mi corazon, como en todos los que laten en este santo recinto, rebosa en este momento el más profundo entusiasmo y la más grata alegría. Plácenos ver, que despues de largo tiempo y raras vicisitudes que no hace al caso recordar ahora, el Cielo ha premiado tu constancia, concediéndote el honor de subir al altar santo á ejercer el acto más sublime de nuestro augusto y sagrado ministerio. Plácenos ser espectadores del primer sacrificio que vás á ofrecer por nuestras culpas. Plácenos oirte pronunciar por vez primera las palabras de la consagracion, y ver, con los ojos de la fé, cual baja á tus manos el Hijo del Altísimo, convirtiendo en su propio cuerpo y en su propia sangre los fragmentos de pan y las gotas de vino que te tienen preparados.—Salve, nuevo sacerdote! quiera el Cielo que jamás se entibien, ni por un momento, las buenas disposiciones con que hoy te acercas al altar! Pero si algun dia, por desgracia, las debilidades anejas á nuestra humana naturaleza te hiciesen sufrir alguna caida, no temas acercarte al ara santa, vuelve tus ojos al Señor, purifícate en las saludables aguas de la Penitencia, y sube confiado sus gradas, que el Dios de los cristianos es el Dios de la misericordia y del perdon.

Yo quisiera que toda tu vida fuese de paz y de tranquilidad: quisiera que siempre vieras en tu derredor la satisfaccion y el entusiasmo de este dia; pero—¡doloroso me es decírtelo!—tal vez no llegue la noche sin que haya venido á turbar tu contento algun disgusto... ¡Ten valor, nuevo sacerdote, ten valor! No te espera una vida cómoda y regalada como creerán muchísimos: te espera una vida de privaciones y amarguras, de pruebas y persecuciones, de

sufrimiento y de martirio! Hoy no despedazarán tus carnes con gárfios de hierro, ni te arrojarán sobre una hoguera, ni te suspenderán de una cruz como al Maestro; pero en cambio martirizarán tu corazon con un tormento mucho más cruel, mucho más terrible, que esos materiales. Sí, nuevo sacerdote ¡ten valor! la senda que tienes que recorrer no está alfombrada de rosas, sino erizada de punzantísimas espinas que te arrancarán ayes del alma! Doquiera no encontrarás más que desprecio, persecucion, odio implacable; pero ten confianza, no temas, porque despues de estas terribles pruebas, hemos de vencer al mundo. Jesucristo lo ha dicho: *mundus vos odit, sed confidite, ego vici mundo*; y los cielos y la tierra faltarán, pero la palabra de Dios no puede faltar.

Acércate ya al altar santo, nuevo sacerdote, y hoy que más que otro día alguno, tienes abiertos los cielos para pedir mercedes, pide por tu queridísimo padre, cuyas cenizas se estremecerán hoy de alegría en su sepulcro; pide por tu cariñosísima madre, que hoy con razon se considera, al verte en el altar, completamente dichosa; pide por tus buenos hermanos, que tanto te aman, por todos tus parientes, por todos tus deudos. Pide tambien por las necesidades de la Iglesia y su cabeza visible Leon XIII. Por nuestra muy amada Patria y su jóven é infortunado Monarca Alfonso XII. Ruega por el Emmo. Sr. Cardenal Patriarca de las Indias, al cual no solamente debes eterna gratitud por haberse dignado elevarte al sacerdocio, sino por la altísima honra que además te ha concedido de ser tu padrino en este acto solemne. Pide por todos tus amigos y muy particularmente por aquellos que tanto interés han manifestado por tu bien. Pide por todos los que moran en este santo Hospital, por todos mis oyentes, por todo el mundo en fin. ¡Que el Dios de la bondad y de la misericordia te conceda largos días de felicidad sobre la tierra, y despues la corona reservada á los elegidos en la gloria!

Amen.

Terminada la misa y cantado el *Te Deum* se verificó la tierna ceremonia de besar las manos al Misacantano. Allí vimos á la excelente madre y hermana del Sr. Vera que fueron de las primeras. El acto duró cerca de tres cuartos de hora pues la concurrencia fué numerosísima en el mismo, recibiendo al par el jóven sacerdote las felicitaciones más entusiastas.

En dos salones contiguos estaba preparado un refresco al que asistieron personas caracterizadísimas, á más de muchas Señoras y Señoritas distinguidas de la poblacion.

El Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro dió lectura al siguiente discurso que fué oido con gran atencion y muestras de aprecio.

Despues del instante en que hemos visto al jóven sacerdote elevar á Dios su cántico por vez primera en el altar, trono espiritual destinado á la grandeza nuestra y donde se consagra el bálsamo con que se restauran las heridas del alma, yo en nombre del Eminentísimo y sabio y virtuoso Prelado que lo apadrina, yo su modesto representante en acto tan sublime, yo á quien así se ha dignado honrar, como muestra de afecto al compañero en la Real Academia Española y otras corporaciones literarias, me creo obligado á proferir breves palabras, en que no se espere hallar el artificio de la elocuencia sino la sencilla inspiracion del sentimiento.

Si aquí presente estuviera el ilustradísimo Sr. Cardenal Benavides mi antiguo y respetable amigo, exhortaría con la voz de su ciencia al nuevo sacerdote á ser digno de la Magestad que le ha sido conferida. Pero con otra elocuencia mayor aun fortalecería su ánimo de hoy para siempre á la práctica de las virtudes evangélicas: con su presencia misma, con su aspecto dulce y venerable que desde su primera vista deja descubrir al varon de talento y de dignidad propia, al cumplidísimo y leal caballero, al prelado de corazon generoso y magnánimo, al que ejerce por do quiera la caridad, tendiendo su diestra de amor espiritual, para consolar, para dirigir y para engrandecer,

No está presente, no, pero lo tenemos en imágen, lo tenemos en nuestras almas.

¡Feliz el jóven sacerdote que ha conseguido ser apadrinado por un varon tan esclarecido!

El primero y el más poderoso efecto de su proteccion sagrada es el modelo, es el ejemplo que en sí mismo le ofrece para llegar á ser un sacerdote merecedor de este nombre.

Hay además otra obligacion que le impone: la obligacion de la gratitud, por el cariño, por el amparo con que ha acogido sus solicitudes y ha puesto el sello inmortal á sus esperanzas.

Estas eran cuales las de los primeros navegantes que vieron el cabo de San Antonio en los mares de América á los principios del siglo xvi, del siglo de Hernan Cortes, del Ariosto, de Rafael y Miguel Angel, de Don Juan de Austria y Santa Teresa de Jesús, de Fray Luis de Granada, de Garcilaso y de Herrera. Siendo cual es ese cabo bajo y tajado, las palmas que en él separadamente se levantan parecen al que desde léjos las contempla y admira como que nacen del mismo mar, pues no se divisa la tierra que las sostiene.

Se asemejan á unas columnas que allí como linderos hubiesen puesto los ángeles de órden del Señor de los Señores entre el mar y el cielo, entre Dios y los hombres para fijar términos que jamás podrían vencerse.

Al acercarse al cabo vénse las palmas, sí, en la tierra cercadas de los peligros del mar y de los contrastes de los furiosos vientos; pero siempre erguidas, siempre dirigiéndose á buscar el cielo.

Confiemos en Dios y en que la dignidad que, oh nuevo sacerdote, hoy has recibido será para engrandecimiento eterno de tu alma y para edificacion de los que como nosotros, humildes navegantes en el mar de la vida y de las pasiones, necesitamos fieles y expertas guias para espirar tranquilos á la sombra augusta de esas ó semejantes palmas, miéntras ellas, cuando por postrimera vez elevemos nuestra vacilante mirada á sus inquietas ramas nos indiquen con su celsitud al Dios que reina en las alturas, que nos ama y que nos espera.

Él en la vida para merecer nos presenta la idea del bien, de la generosidad, del espíritu caritativo, de la nobleza del corazon, de la constancia y de todas, todas las excelsas virtudes con otros nombres á fin de que nuestras almas por estos conozcan á aquellas, las estimen, las inquieran, las busquen y dichosísimamente las posean.

No hay ni puede haber incertidumbre en tí, sacerdote de Dios, en este dia que la Iglesia dedica á solemnizar á la más santa de las santas, á María en su dulce nombre.

Aparte de lo que ese te enseña, Dios en la proteccion, que te ha dispensado para que sigas la senda de la virtud gloriosa, repite y repetirá en tu alma un nombre: el de don Francisco de Paula Benavides, Cardenal de la Santa Iglesia Romana.

El pobre mio desaparece y debe desaparecer ante el suyo. Si alguna vez lo recuerdas con la memoria de este dia, sea tan sólo porque te he indicado el modelo que has de seguir venerar y enaltecer.